

terrible devorador de sus ganados, que la carabina Lefaucheux-Davisme y el valor de Gerard.

A fuerza de entregarse á este oficio público de Hércules destructor de monstruos, nuestro valiente compatriota se ha apasionado de esta clase de caza, no solo por lo que ella es en si, sino por el enemigo contra el cual juega á cesar y tan generosamente su vida.

Muchas veces le ha sucedido detenerse en el momento de ir á herir al leon, no por temor, sino por un sentimiento extraño de admiracion y de aprecio que le causaba la vista de este noble animal.

Nada hay de exagerado en todo cuanto se ha dicho acerca del valor y de la fiereza del leon. Esta última virtud se manifiesta con una resignacion que conmueve, cuando el noble animal ha caido en uno de esos fosos que ciertos árabes, no atreviéndose á atacarle de frente, cavan en medio de sus aduares, y en donde el leon viene á precipitarse muchas veces.

Cuando se vé caido allí, empieza por dar saltos inauditos para ver si puede escapar de su prision; pero despues, reconociendo su inutilidad, se resigna y espera.

Oye el tumulto de voces que se levanta en torno suyo, comprende que está perdido y que morirá allí con una muerte vergonzosa y sin defensa; pero recibirá las injurias y las balas sin quejarse y sin pestañear.»

Al rayar el día apiñanse hombres, mujeres y niños alrededor del foso. Cólmanle al prisionero de imprecaciones, de sarcasmos, y cada cual le arroja su piedra. A estos proyectiles suceden las balas, y todos tiran sobre él sin menor peligro, hasta que no dá ninguna señal de vida.

«Generalmente, despues de haber recibido una docena de balas, sin moverse, sin quejarse, es cuando el leon levanta majestuosamente su hermosa cabeza para arrojar una mirada de desprecio sobre los árabes que le han enviado sus últimas balas, y se écha para morir.»

Es caballeresco y capaz de todo por sus amores y su leona. «Llegan cerca de un aduar que debe suministrar la ceba; la leona se écha, mientras que su esposo se lanza bravamente en medio del parque y la trae lo mejor que ha encontrado. La mira comer con un placer infinito, vigilando á fin de que nada pueda molestarla durante su co

mida; y él no piensa en aplacar su hambre hasta que su compañera está repleta. En una palabra, es un modelo de ternura para su compañera, durante y despues de la estacion de sus amores.»

No es un hombre como Julio Gerard el que irá á matar á este magnánimo animal desde lo alto de un foso ó encastrado en la copa de un árbol, como un árabe perezoso. Julio Gerard casi no se cree con derecho para cazarle á espera, presentándole por cebo un animal muerto ó vivo que le detiene y permite apuntarle mejor. Respeta demasiado su heroica profesion para descender á tales medios. Quiere combatir al leon; no quiere asesinarle: es un duelo en el cual ha triunfado veintisiete veces.

¿Triunfará siempre? No es esta absolutamente su opinion. «Pero iré hasta el fin,—dice,—y feliz yo si San Huberto me concede el favor de morir bajo la garra y los dientes del leon.»

El *matador de leones* conoce que trescientas noches pasadas en el campo del honor, han alterado la seguridad de su pulso, la fijeza de su mirada y han debilitado sus fuerzas. Pide uno que le reemplace y le dá para conducirse en este *sport* de tan formidable especie, las más bellas, las más precisas y las más sábias instrucciones. Sin embargo, yo dudo que le encuentre.

En todo caso, Mr. Gerard ha adquirido ya el derecho de depositar su carabina. Bastante ha hecho por la gloria y por los árabes. Perezcan mil bueyes antes que un bravo y digno oficial, del cual puede esperar su país tan buenos servicios. Evitadnos, incomparable Nemrod, el horror y el sentimiento de saber que habeis percido hecho trozos bajo las garras de un espantoso enemigo.

Kader en Amboise era, hacia dos años, para esta pequeña villa, y en particular para la posada del *Leon de oro*, un manantial de utilidades, la ocasion de una recrudescencia de prosperidad desconocida desde los buenos tiempos del dominio de Chanteloup y de la desgracia de los Choiseul.

El nombre de Abd-el-Kader, tenia la virtud de atraer á los turistas de todos los paises.

Pero todas las esperanzas se veian defraudadas. El prisionero permanecia invisible, y el castillo, cerrado por argo tiempo á los curiosos, estaba apenas entreabierto, hacia un mes ó dos, para recibir algunas personas.

Como yo soy algo africano, y he emborronado muchas cuartillas de papel á propósito de las cosas y de los hombres de nuestra colonia, y como una revista parisiense ha anunciado hace ya mucho tiempo un trabajo mio, histórico, sobre Abd-el-Kader, me lisonjeaba de que todos estos titulos harian que el ilustre prisionero rompiese para mi su clausura, y consintiese en recibir á un hombre que estaba á punto de ser su biógrafo.

Animado de esta esperanza, dirijime al capitán Boissonnet, hoy jefe de escuadron, comandante del castillo de Amboise, uno de los oficiales más distinguidos del ejército de Africa, y en el cual ha tenido Abd-el-Kader un amigo delicado y complaciente, más bien que un guardián.

Pero no era la voluntad de Abd-el-Kader quien le confinaba de aquel modo: era la razon de Estado y varias órdenes terminantes que se oponian á que se comunicase con nadie, sin escepcion alguna.

Este rigor estremado era debido á la pretendida *conjuracion de Amboise*, que, segun se decia, tenia por objeto facilitar la evasion del ilustre prisionero.

Para neutralizar el pesar que me causó el no poder ver al ex-emir, el capitán Boissonnet me permitió visitar en compañía suya todas las partes del castillo que su consigna no le vedaba enseñar, y merced á los detalles que obtuve de él acerca de los prisioneros confiados á su custodia, puedo trazar las siguientes lineas sobre las costumbres y las personas que formaban la familia y la comitiva del célebre cautivo de Amboise:

«Abd-el-Kader tenia entonces cuarenta y cuatro años; se ha entregado, pues, á nosotros en la fuerza de la edad

después de haber prolongado una lucha que ha rayado en lo inverosímil y en lo imposible. Fácil le hubiera sido salvar su persona; podía haberse lanzado al Sur, en el Desierto, ó buscar un refugio en Marruecos. Pero cansado de una vida errante, inquieta, prefirió concluir con un rasgo caballeresco. Cosa que estaba muy en su carácter, porque ha heredado el espíritu de los árabes de la Alhambra. Quiso concluir dignamente, por medio de un acto de confianza magnánima en sus enemigos, una carrera comenzada y seguida con tanta gloria.

Abd-el-Kader había contado con que la Francia sabría agradecerle esta sumisión, que no por ser tardía dejaba de valer más. Lisonjeábase con impresionar vivamente entre nosotros la opinión pública, cosa que le había preocupado ardientemente, como á verdadero político, aun allá en el fondo de sus llanuras y de su tienda nómada. Pero acontecimientos bastante graves, habían distraído la atención del Africa para concentrarla en lo que sucedía en Francia. Abd-el-Kader no había tenido tampoco en cuenta su importancia personal y los rudos combates que había sostenido contra nosotros, cuyo recuerdo, demasiado reciente, debía de ser un obstáculo á la libertad que había estipulado al deponer las armas. Abd-el-Kader, á quien podía echarse en cara además el haber roto, sin motivo formal, la famosa paz de Tafna, fué, pues, en vez de ser conducido á un país mahometano, como él había deseado, traído á Francia é internado en el castillo de Pau.

Siendo la temperatura rigorosa de este punto elevado, capaz de comprometer la salud y la vida del prisionero, dióse la orden de trasladarle, á él y á su comitiva, á Amboise. Allí debían encontrar los cautivos, bajo el cielo más templado de la Francia, una atmósfera muy igual. Ni grandes calores ni grandes frios; tal es la dichosa y placida Turena.

Aunque higiénicamente, la residencia de Amboise sea infinitamente preferible á la del castillo de Pau, no por eso sentían los prisioneros menos amargamente la privación de ese sol brillante de su país, que hace latir tan vivamente el corazón y *anima hasta á las piedras*.

Una de las mujeres de Abd-el-Kader (la más jóven) murió allí tísica; esta afección terrible es tan desconocida

de los árabes africanos, como especial del clima benigno y muchas veces brumoso de la Turena.

Después de haberle costado alguna pena el resignarse con su suerte, Abd-el-Kader pareció mostrarse por último más conforme. Ejercía sobre todos sus compañeros de destierro, que eran cerca de ochenta, una supremacía tan grande como en los días de su poderío. Era á la vez su príncipe y su pontífice; él era quien les recitaba los textos sagrados en las asambleas consagradas á la oración, que tienen lugar dos veces cada semana.

En todo tiempo, lee, escribe, medita y trabaja sin cesar. He visto dos manuscritos de él, escritos por su propia mano; estos manuscritos son los de las dos obras que ha compuesto en Amboise. El uno es su *Autobiografía*, ó Memoria justificativa de su política, en la cual, sin sujetarse al orden de los acontecimientos ni de las fechas, se muestra tra descuidado en los detalles, para no ocuparse más que de las consideraciones generales y de las cuestiones de principios.

El otro escrito demuestra que no perdía la esperanza de verse puesto en libertad; titúlase: *De la fidelidad de los musulmanes en cumplir sus juramentos de alianza ó de otra especie.*

Por medio de esta obra, laboriosamente apoyada en citas y en documentos históricos, y que revela en su autor una erudición muy notable, Abd-el-Kader pretendía probar que la Francia no corría peligro de ningún género dándole la libertad que se le había prometido, y que él ha aceptado bajo juramento de no tomar las armas contra nuestro país.

La familia de Abd-el-Kader no estaba tan resignada como él. Las mujeres, sobre todo, batían en brecha, con sus quejas reiteradas, su resolución varonil. Preciso es exceptuar á su madre *Zohra*, inteligencia superior, corazón de hombre, como decía Marot, bajo un exterior femenino, que, á pesar de su mucha edad, llevaba sin doblegarse el peso de su mala fortuna.

Consuelo de los aflijidos, venerada de todos los árabes, ella era quien corría á la cabecera de los enfermos, les cuidaba, les animaba, recitaba sobre ellos sus oraciones, y

cuando morian, les daba la despedida de una sacerdotisa y de una madre.

Sus hijastras, de las cuales viven hoy solo dos; se dejaban dominar fácilmente por el dolor y la amargura de su condicion presente. Siempre estaban repitiendo al emir que se habian burlado de él, y que al entregarse á los franceses, habia obrado desacertadamente. Al mismo tiempo le acusaban de haber carecido de prevision y de energia.

Sin embargo, las prisioneras no tenian tantos motivos como los hombres para lamentar el destierro y el cautiverio en que yacian. Ellas no habian hecho más que cambiar la vida claustral de una tienda, por la de una fortaleza; su condicion era la misma en Amboise, que en Mascara ó en Tagdemt.

En Turena como en Africa, en prision como en libertad, ellas continuaban encerradas é invisibles para todos excepto para su señor y esposo.

Cada familia formaba un hogar inviolable. El mismo Abd-el-Kader y sus hermanos, se absteneian de toda relacion con sus propias cuñadas.

Yo me pregunto cómo podrá llegarse á establecer la sociabilidad en el pueblo árabe.

Hemos dicho que el efectivo de esta corte destronada le formaban cerca de ochenta personas. Este número puede parecer excesivo, y sin embargo, la *smala* de Abd-el-Kader, que en otro tiempo constaba de cinco ó seis mil personas, se encontraba reducida á su más sencilla expresion. Componiase únicamente de las mujeres del emir, de sus hijos, de sus hermanos, de sus sobrinos, la mayor parte cabezas de familia, y de dos de sus kalifas que le habian permanecido fieles: llamado el uno *Ben-Allal* y el otro *Ben-Thami*.

A todo este personal, harto considerable ya, comprendiendo en él mujeres y niños, es preciso añadir los criados, poco numerosos si se comparan con el ejército feudal de esclavos y de servidores que vive en Argelia, como en Oriente, en torno de los príncipes y de los dignatarios, y se completará fácilmente el total de esta pequeña corte amiliar, de este Holy-Rood africano.

Una grande alegría, un verdadero acontecimiento vi-

nieron un día á disipar el humor sombrío y á animar la existencia, un poco monótona, de la cautiva colonia. Uno de los sobrinos de Abd-el-Kader, el hijo de su hermano mayor, bello jóven llamado *Saddok (el sincero)*, no habia podido reunirse, en el momento de la rendicion, con su tío ni con su padre. Habiase visto precisado á buscar un refugio en Marruecos, en donde, por órden del soberano, se le habia regimentado con un gran número de correligionarios suyos, fugitivos como él, en un cuerpo especial, de cual no tardó en desertar, desesperado de verse separado de los suyos.

Dirijióse hácia el Sur, donde corria menos peligros que en el litoral. Llegó hásta el Oued-Sous, uno de los primeros oasis del Sahara. Allí tuvo la suerte de hallar á un francés, á quien sus negocios habian conducido hasta aquellas regiones. Merced á la proteccion de este, que le hizo pasar por criado suyo, pudo embarcarse, despues de mil aventuras, para Marsella, donde el gobierno no tuvo inconveniente en autorizar su viaje á Amboise.

La llegada de este noble y valeroso jóven causó al emir una profunda alegría, con tanta más razon, cuanto que habia ya largo tiempo que era el prometido de su hija. El matrimonio tuvo lugar inmediatamente, lo cual dió ocasion á goces patriarcales que dilataron todos los corazones.

Yo he tenido el placer de ver en Amboise los dos hijos jóvenes de Abd-el-Kader, jugando humildemente al trompo, delante de la puerta de la capilla de Carlos VIII.

Despues de oír algunas palabras que les dirijió mi amable guía, los dos jóvenes interrumpieron su juego y vinieron á darme la mano, preguntándome:

—¿*Ech hal Si-Chaldi?* (¿Cómo va, Si-Chaldi?)

Yo soy poco fuerte en el idioma argelino; sin embargo, con un poco de sangre fría y otro poco de audacia, sé lo suficiente para hacerme comprender.

Lo que más me llamó la atención en mis dos jóvenes interlocutores, fué su aire majestuoso y la precoz dignidad que brillaba en toda su persona. Estaban noblemente vestidos con un doble albornoz blanco y violeta, y llevaban con la gracia y la soltura de hombres maduros este traje majestuoso.

Uno de ellos tenia ocho años de edad.

El otro seis, no cumplidos.

El mayor se llama *Mohammed*; es de una belleza muy notable, y según afirman, un retrato exacto del ex-emir. Su rostro es ovalado; tiene la tez blanquísima, nariz aguileña, y ojos grandes y de un brillo extraordinario.

El otro, no tan bello, físicamente, ha recibido el nombre de *Mahi-Eddin*, como su abuelo, ilustre marabut, cuyo cariño paternal ha hecho muchísimo para asegurar la fortuna de su hijo más joven, el cautivo de Amboise.

Los dos pobres jóvenes príncipes destronados, tenían por compañeros de juegos á otros cinco ó seis jóvenes árabes, hijos de sus tíos ó de los kalifss de su padre.

Puesto que he pronunciado el nombre de Si-Chaldi, diré algunas palabras acerca de este personaje letrado é inteligente, que desempeñó en Constantina cargos importantes, como el de cadí de la oficina árabe, y cuya larga permanencia en Amboise parecía haber sido no solo agradable, sino muy útil al ex-emir.

Abd-el Kader había caído en un grande abatimiento: poco y mal instruido de las circunstancias graves en que se encontraba nuestro país, se indignaba y se afligía por la especie de olvido en que le dejaba la Francia, en el fondo de una prision de Estado. Si-Chaldi, que había residido dos temporadas en París, y que estaba familiarizado con nuestros instintos y nuestras costumbres, contribuyó mucho á reanimar el espíritu de Abd-el-Kader, dándole una idea más exacta de la Francia, de la cual solo tenía el ex-emir una idea muy confusa. Resignóse, pues, y esperó más pacientemente el día en que Dios se dignase marcar como término de su cautiverio, que gracias á una iniciativa que todos aplaudimos, estaba entonces muy próximo.

El ex-emir deseaba ardientemente ver á París, y este favor, que se ha prodigado á tantos musulmanes, debía influir más que el destierro y los rigores sobre un hombre de la inteligencia y del temple de Abd-el-Kader, para convencerle de la suprema desigualdad de la lucha que había osado emprender, y disuadirle para siempre de renovarla, aunque las circunstancias llegasen á serle un día tan propicias como le eran entonces contrarias.

Los sucesos han justificado esta prevision.

Yo he visto á Abd-el-Kader en París, poco despues de

puesto en libertad y durante la especie de ovacion que le tributó este pueblo verdaderamente magnánimo. Veíase asediado de peticiones de audiencias, como pudiera verse un príncipe poderosísimo cuando viaja. El ex-emir no podía recibir á todo el mundo. Yo fui del número de los elejidos.

Al contemplarle de cerca, comprendí la fascinacion irresistible que ha ejercido durante tanto tiempo sobre el pueblo árabe. Es el más bello de los hombres, y ¡cosa estraña! ni las fatigas de la guerra, ni los cuidados del poder, ni los dolores del destierro, ni la cautividad, han alterado su fuerte y radiante naturaleza.

Hoy, que cuenta cerca de cincuenta años de edad, casi no representa cuarenta.

Su barba es negra y magnífica, su estatura mediana y airosa, su tez blanca, sus ojos dulces, inmensos, húmedos á fuerza de brillo, imposibles de olvidar; sus facciones majestuosas y de líneas purísimas; sus manos blancas, pequeñas, aristocráticas, cuidadas.

Yo he tenido estas manos entre las mias, y cuento este honor por uno de los mayores que he obtenido en mis relaciones con algunos contemporáneos ilustres. El emir se acordó de mi visita á Amboise, de la cual habia tenido noticia, sintiendo que entonces no hubiera podido verle. Le hice saber que de todos cuantos le rodeaban, quizás era yo su conocido más antiguo; porque yo le habia visto á caballo en Argelia, al principio de su carrera política, galopando delante de sus escuadrones irregulares, y mandando e fuego contra la pequeña columna en que yo me encontraba en aquella ocasion.

Era en la provincia de Orán, cerca de la poblacion, una tarde, y no lejos del lago de Misserghin.

Entonces estaba yo muy lejos de imaginarme que llegaría un día en que hablaríamos amistosamente, él y yo, de todas estas cosas en la calle de Rivoli, en Paris, y que yo estrecharía esa valiente mano que tan ruda y tan hábilmente ha blandido las armas contra nosotros en la Argelia.

Pero todo llega, aun aquello que no se prevé. Si hubiese sido posible que Abd-el-Kader hubiera venido á

Francia quince años antes, ¡cuánta sangre y cuánto luto se hubieran evitado! Porque el emir es un hombre demasiado superior para no haber juzgado desde luego que era imposible alcanzar la victoria sobre nosotros, y por lo tanto, su resistencia inútil y reprehensible, aun bajo el punto de vista religioso.

FIN.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

